

Puesto esto, es fácil concebir cómo un mismo objeto haga impresion diversa en las fibras de el cerebro de distintos hombres. La filosofía experimental nos muestra á cada paso, que el mismo agente, sin variacion alguna en su virtud, en diverso paso produce diferente efecto, y que el mismo motor, conservando el mismo impulso por la diferente configuracion, magnitud, positura y textura de el móvil, produce en él diferente movimiento. Tiene, pues, este hombre las fibras de el cerebro de tal modo condicionadas, que, presentándose á sus sentidos un objeto hermoso, hace en ellas aquella impresion que causa el amor; éste las tiene tales, que el objeto no hace ni puede hacer en ellas tal impresion. De el mismo modo se debe discurrir para el más y para el ménos. De la disposicion de las fibras viene que en uno haga veheméntisima impresion el objeto hermoso, en otro floja y débil.

Con proporcion sucede lo propio respecto de las demas pasiones. Segun que las fibras de el cerebro son de tal textura, posicion, consistencia, flexibilidad ó rigidez, sequedad ó humedad, etc., son más ó ménos aptas para que en ellas el objeto terrible forme aquella impresion que causa el miedo, ó el melancólico la que excita la tristeza, ó el ofensivo la que excita la ira.

Mas ¿cómo de la impresion que hacen los objetos en el cerebro resultan en el corazon estos afectos? Todo, como dije arriba, es obra de un delicadísimo mecanismo. Así como la impresion que hacen los objetos en los órganos de los sentidos externos se propaga por los nervios hasta las fibras de el cerebro, la impresion que hacen en las fibras de el cerebro se propaga por los nervios hasta el corazon. La experiencia propia muestra á cada uno tal sensacion determinada cuando ama con alguna vehemencia, otra diversa cuando se amedrenta, otra cuando se irrita, etc. De el cerebro vienen todas estas diferentes conmociones; lo cual se evidencia de su inmediata sucesion á la impresion que hacen los objetos en el cerebro; segun que la impresion en el cerebro es diferente, es diferente tambien la sensacion de el corazon.

## § XII.

Pero ¿será posible especificar las impresiones que causan tan diferentes sensaciones; esto es, señalar qué especie de movimiento constituye á cada una de ellas? Materia es ésta sólo accesible al entendimiento angélico. Mas por un género de analogía, ya con los efectos que causan, ya con algunas sensaciones externas, creo podrémos caracterizarlas de algun modo. Siguiendo esta idea, me imagino que el movimiento que causa la sensacion de amor en el corazon es ondulatorio; el que causa la de el miedo, compresivo; Eso es lo que yo no sé, ni juzgo que nadie sepa. No lo sé, digo, pero imagino que en la sangre propriamente tal está depositado este misterio. Es sangre propriamente tal, no todo el licor contenido en venas y arterias, sino aquella parte de él en quien, separada de el resto, subsiste el color rubicundo, y cuya cantidad es menor que la de otros humores contenidos en los vasos sanguíneos, como se ve en la sangre extraída con la lanceta, pues en la vasija donde se deposita, en haciéndose la disgregacion, la porcion rubicunda

debe continuar en el nervio, ó nervios, por quienes se comunica el movimiento al corazon, para que á éste se comunique la impresion hecha en el cerebro; así como para que al cerebro se comunique la impresion, que los objetos hacen en los órganos de los sentidos externos, es menester que los nervios, por donde se hace la comunicacion, estén aptos para recibir y comunicar el movimiento.

Es verisímil que la comunicacion de movimiento de el cerebro al corazon para todas las pasiones, que tienen su ejercicio en esta entraña, se haga por el nervio que llaman los anatómicos *intercostal*, y se compone de ramos de el quinto, sexto y décimo par; porque parte de dicho nervio se distribuye en el corazon, y parte se ramifica por los pechos y partes genitales; comunicacion por la cual Tomás Uvilis explicó mecánicamente varios fenómenos pertenecientes al deleite sensual y venéreo; materia sin duda de muy curiosa física, pero mirada con asco de la ética.

Debe discurrirse, que así como de la textura de el cerebro pende la impresion que hacen en él los objetos, la textura de el corazon contribuye mucho para que obre más ó ménos en él la impresion que viene de el cerebro: esto por la regla general de que todo agente obra más ó ménos, segun la mayor ó menor disposicion de el paso. Así unos tendrán el corazon más dispuesto para la sensacion de amor, otros de ira, etc.

Finalmente, es de creer, que la calidad y cantidad de los líquidos, que bañan el cuerpo, tenga su parte en el ejercicio de las pasiones; pongo por ejemplo, que el humor salso contribuya á la lujuria, el amargo á la ira, el austero á la tristeza. Mas es necesario para esto que cada humor tenga un especial aflujo hácia aquella entraña donde se ejerce la pasion que corresponde á su influencia. El que en el estómago se congregue mucha copia de humor salso ó amargo, nada hará para que el sugeto sea furibundo ó lascivo. Es menester que el amargo se congregue hácia el corazon, y el salso en otra entraña. Así se ven hombres que abundan de humor salso sin ser lascivos, y de el amargo sin ser iracundos. El aflujo de tal ó tal humor más hácia una parte de el cuerpo, que hácia otra, es cosa experimentadísima en la medicina. La causa de esto es hallar más hácia una parte que hácia otra, poros, conductos ó canales proporcionados, por su configuracion y tamaño, á la figura y magnitud de las partículas insensibles de cada humor.

## § XIII.

Mas ¿qué humor será el propio para contribuir á la pasion amorosa? Eso es lo que yo no sé, ni juzgo que nadie sepa. No lo sé, digo, pero imagino que en la sangre propriamente tal está depositado este misterio. Es sangre propriamente tal, no todo el licor contenido en venas y arterias, sino aquella parte de él en quien, separada de el resto, subsiste el color rubicundo, y cuya cantidad es menor que la de otros humores contenidos en los vasos sanguíneos, como se ve en la sangre extraída con la lanceta, pues en la vasija donde se deposita, en haciéndose la disgregacion, la porcion rubicunda

debe continuar en el nervio, ó nervios, por quienes se comunica el movimiento al corazon, para que á éste se comunique la impresion hecha en el cerebro; así como para que al cerebro se comunique la impresion, que los objetos hacen en los órganos de los sentidos externos, es menester que los nervios, por donde se hace la comunicacion, estén aptos para recibir y comunicar el movimiento.

ocupa mucho ménos espacio que otros humores, ya verdes, ya acuosos, ya amarillos.

En la sangre han observado los modernos partes terrestres, áceas, oleosas, espirituosas y salinas. Acaso el predominio ó exceso respectivo de las oleosas conducirá para el amor. La inflamabilidad y flexibilidad de ellas representa á la imaginacion cierta especie de analogía con aquel blando fuego, que siente el pecho en la pasion amorosa. Acaso alguna determinada especie de sales ó determinada combinacion de sales diferentes (puesto que hay muchos y diversos en la sangre, y discrepantes en distintos individuos), mordicando suavemente el corazon, tiene su parte en la sensacion de el amor. Mas pase todo esto por mera imaginacion. Si la autoridad de un poeta fuese de algun valor en un asunto físico, Virgilio nos ministraria una buena prueba de que la sangre es el fomento propio de el amor, cuando hablando de la infeliz Dido, cantó:

*Vulnus alii venis, et cæco carpitur igne.*

Esto es lo que me ha ocurrido sobre la causa dispositiva ó temperamento propio de el amor y otras pasiones. Espero de la equidad de el lector, que aunque no haya ya hallado en algunas partes de este discurso aquellas pruebas claras, que echan fuera las dudas, no por eso acuse mi cortedad. Debe hacerse cargo de que en una materia obscurísima, y hasta ahora tratada de nadie, cualquiera luz, por pequeña que sea, es muy estimable. Hay asuntos que piden más penetracion para encontrar lo verisímil, que se ha menester en otros para hallar lo cierto.

## § XIV.

Por complemento de el discurso propondré una cuestion curiosa sobre la materia de él. ¿Qué estimacion debe dar la política á los genios amatorios? ¿Debe apreciarlos ó despreciarlos? ¿Considerarlos magnánimos ó pusilánimes? ¿Generosos ó débiles? ¿Aptos ó ineptos para cosas grandes? Dos famosos ingenios veo muy opuestos en esta materia. Uno es el gran canceller Bacon, el otro Juan Barclayo. El primero, en el tratado que intituló *Interiora rerum*, capítulo x, abiertamente se declara contra los genios amatorios ó contra el amor intenso, tratándolo como pasion humilde, que no cabe en ánimos excelsos: *Observare licet neminem ex viris magnis et illustribus fuisse, quorum extat memoria, vel antiqua vel recens, qui adductus fuerit ad insanum illum gradum amoris. Unde constat animos magnos et negotia magna infirmam hanc passionem non admittente.* Barclayo, al contrario, reconoce espíritus altos en los genios amatorios. *Est autem, dice, hominis animus, quem ad amandum natura produxerit, clementibus, magnisque spiritibus factus.*

Creo que la opinion comun está á favor de Bacon, y que casi universalmente están reputados los genios amatorios por espíritus pueriles y afeminados. Yo estoy tan lejos de ese sentir, que ántes me admiro mucho de que un hombre de tanta lectura y observacion como aquel gran canceller, pronunciase con tanta generalidad la máxima de que ningun grande hombre adoleció de la pasion amorosa. Es verdad que luégo exceptúa á dos,

Appio Claudio y Marco Antonio; pero á estos dos solamente, cuando pudiera tejer un larguísimo índice de almas grandes sujetas á la misma enfermedad. Mucho es que siquiera no le ocurriesen enfrente de aquellos dos romanos, dos griegos, no ménos famosos por sus hechos, ni ménos sensibles á los halagos de el amor: Alcibiades y Demetrio el Conquistador.

Pero mucho más es, que olvidase un ejemplar insigne, opuesto á su máxima, que tenía delante de los ojos. Hablo de Enrique el Grande, ilustrísimo guerrero, principe generosísimo, de alto entendimiento, de incomparable magnanimidad, pero extremadamente dominado toda su vida de la pasion amorosa. Ni los mayores afanes de la guerra, ni los peligros de la vida, ni las ansias de la corona, eran bastantes á apartarle el corazon, por una hora, de aquel doméstico enemigo. Dijo bien un autor moderno de gran juicio, que si Enrico careciese de este embarazo, era capaz de conquistar toda la Europa. Su ternura atajó muchos progresos de su valor. Al momento que acabó de ganar la batalla de Coutras, debiendo seguir la armada enemiga é ir á cortarle el paso de Saumur, como le aconsejaba el de Condé, separándose con quinientos caballos, fué volando á la Gascuña, á donde le llevaba, como arrastrado, la condesa de Guiche, y así perdió los mejores frutos que pudo producirle aquella victoria. Lo más es, que en Enrico se hicieron realidades los indignos abatimientos, que la fábula atribuyó á Hércules en obsequio de su adorada Omfale. Enrico, aquel rayo de Marte y admiracion de el orbe, se vistió tal vez de labrador, y cargó con un costal de paja, por introducirse al favor de este disfraz, no pudiendo de otro modo, á la bella Gabriela. La marquesa de Vernevil le vió más de una vez á sus piés, sufriendo sus desprecios é implorando sus conmiseraciones. Todo lo cuentan autores franceses.

No se opone, pues, el amor al valor. Pero es verdad que no pocas veces estorba el uso de él, distrayendo el ánimo de los empeños en que le ponen, ó la ambicion ó la honra, á los que inspira aquella pasion predominante, de que es un notable ejemplo en los tiempos cercanos el celebrado Enrico, cortando improvisamente el curso á sus triunfos, por ir á buscar en la Gascuña á la condesa de Guiche; y en los remotos, Antonio, desamparando repentinamente su armada combatiente, por seguir á la fugitiva Cleopatra. Pero tambien es cierto que muchos supieron separar los oficios de el valor y de el amor, dando al segundo sólo aquel tiempo que sobraba al primero, como se vió en Alcibiades, en Demetrio, en Sila, en Surena, general de los partos, y en infinitos de nuestros tiempos.

No por impugnar la máxima de Bacon admito sin modificación ó explicacion la de Barclayo. Si por espíritus altos se entiende aquella virtud de el ánimo que llamamos valor ó fortaleza, no veo que el temperamento amatorio tenga conexion alguna con ella, aunque, como hemos visto, tampoco tiene oposicion. En unos sugetos se junta con ella, en otros con el vicio contrario, porque es indiferente para uno y otro. Es verdad que el amor veheméntísimo hace los hombres animosos, pero sólo para aquellas empresas que conducen al fin del mismo amor. Esto es general á otras pasiones muy predominantes. El que es muy codicioso, aunque sea tímido, expone su vida

á los riesgos de el mar por adquirir riquezas; el muy ambicioso á los de la guerra, por elevar su fortuna.

Si por espíritus altos se entiende un género de nobleza de el ánimo, que le inclina á ser dulce, benigno, complaciente, humano, liberal, obsequioso, conengo en que los genios amorosos están dotados de esta buena disposición; advirtiendo que hablo precisamente de el amor púdico, porque el apetito torpe, por grande que sea, es muy conciliable con la fiereza, con la rusticidad, con la insolencia, con la crueldad, con la barbarie, como se vió en los Tiberios, Calígulas y Nerones (1).

#### (1) NOTICIA Y VANIDAD DE LOS FILTROS.

Fué notable descuido, que tratando de las causas de el amor, especialmente de la que llamamos dispositiva, no nos ocurriese tocar algo de los filtros. Pero ahora supliémos esta falta, porque importa mucho desterrar uno ú otro error, que hay en esta materia. *Filtro*, voz griega, significa droga ó medicamento destinado á conciliar el amor de alguna persona. Dicese que los hay de dos maneras: unos supersticiosos, diabólicos, pertenecientes á la magia negra; otros licitos, naturales, pertenecientes á la magia blanca.

De la posibilidad de los primeros no se debe dudar; porque prescindiendo de las historias, que califican su existencia, entre las cuales es bien verisímil haya no pocas fabulosas, es cierto que puede el demonio dar una tal disposición al cerebro de cualquiera persona, que, en virtud de ella, un objeto que antes no le agradaba, haga en él una impresión gratísima, por la cual conciba el sugeto una vehemente inclinación á aquel objeto.

Pero es bien advertir, que rarísima vez permite Dios al demonio esta operación; y así, comunisimamente se frustran los encantamientos ó hechizos amorosos, quedándose los desdichados que usan de ellos con la horrenda mancha de tan atroz delito, y ardiendo juntamente sin alivio alguno en la impura llama que les indujo á cometerle. Esto dicta claramente el concepto que debemos hacer de la divina Providencia. ¿Qué fuera de el mundo, qué fuera de los hombres, si Dios le dejara al demonio ejecutar todo lo que puede, ó todo lo que solicitan de él algunos perversos, que no dudan sacrificar el alma á la satisfacción de el apetito? Esto mismo confirma la experiencia; pues se sabe de muchos, que tentado por tan detestable medio el desahogo de sus pasiones, no lograron el fin pretendido. Esto es, en fin, conforme á la malignidad de el demonio, que porque de todos modos padezca el hombre, procura inducirle al delito y privarle de el fruto de el delito.

Insufrible es la simpleza de el vulgo en esta materia. Apenas se ve alguna pasión de amor veheméntísima y contumaz, que muchos no sospechen que es causada de hechizo. Y tal vez se llega á la extravagancia de sospecharle, aun cuando en parte de el objeto amado se reconoce bastante atractivo. Insigne necedad es inferir causa preternatural donde la hay naturalísima. Habíanle dicho á Olimpias, mujer de Filipo de Macedonia, que una mujer baja, de quien Filipo estaba ciegamente enamorado, le había dado sin duda hechizos. Hizo Olimpias traerla á su presencia, como ya dijimos en otra parte, y viendo que era muy linda, con afabilidad bien extraña en mujer zelosa la dijo: «¡Ah, hija mia! tu cara te defiende de la acusación de hechicera, pues no es menester más hechizo que tu hermosura para prender cuantos la vieren.» Parece que con alguna apariencia de razón se discurre en hechizos cuando el amor es muy grande y muy tenaz, y el objeto amado de corto ó ningún mérito. Mas también este concepto es harto irracional, siendo tan fácil advertir, que las prendas conciliativas de el amor son respectivas. Agrada á uno lo que desagrada al otro. No hay en el mundo dos hombres perfectamente semejantes en el gusto, así como no los hay perfectamente semejantes en el temperamento. A diversa temperie y distintos órganos, es consiguiente hacer diversa impresión los objetos. La grande pasión de Enrico II de Francia (que acaso no se vió hasta ahora otra mayor, más contumaz ni más desreglada en príncipe alguno) por Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois, aun cuando esta señora era ó pasaba de quincuagenaria, hizo decir á muchos en Francia, que Diana le había dado hechizos á Enrico. Necedad pueril. Si aquella señora fuese hechicera, no se viera tan ultra-

jada por la reina viuda, como efectivamente se vió, luego que murió Enrico; pues pudiera hechizar á la Reina, como al Rey. Algunos refieren, que Diana aun en edad tan avanzada era hermosa; y cuando no lo fuese para los ojos de los demas, podía serlo para los de el Rey; esto es, podía tener algunas gracias de gran valor respectivamente á la temperie y genio de aquel monarca.

De el mismo modo decían muchos en Francia, que el duque de Luxemburg, ilustre guerrero de el siglo pasado, tenía hechizos, con que se hacía amar de las mujeres. Esta voz no tenía otro fundamento, que el que en efecto era bien visto de ellas comunmente, siendo así, que era de pequeña estatura y rostro feo. Pero ¿quién no ve, que tenía aquel general otras partidas mucho más eficaces para lograr el amor de las mujeres, que la gentileza de el cuerpo y buena disposición de facciones? Era en grado eminente intrépido y bravo. Esta es una prenda superior á todas las demas en la estimación de el otro sexo; mucho más siendo acompañada de feliz y acertada conducta, como lo era en el duque de Luxemburg.

Quisiera yo, y sería importantísimo, que todos los hombres de razón, especialmente los que tuviesen oportunidad para hacerlo por medio de la pluma y de la prensa, concurriesen á desterrar de el vulgo estas necias aprehensiones. Aquellos nimiamente crédulos autores, que en sus escritos amontonaron relaciones de encantamientos, hicieron, sin pensarlo, gravísimo daño al mundo, porque persuadiendo, con la multitud de hechicerías y hechiceros que refieren, que el ser hechicero no consiste más que en quererlo ser, han dado ocasión á que muchas de aquellas almas infelices, que no siguen otra ley que la de su apetito, ó por sí mismas directamente, hayan invocado el auxilio del demonio para el logro de sus depravados designios, ó por lo menos hayan solicitado para el mismo fin el sufragio de alguna persona, á quien el error de el vulgo haya puesto en la opinión de saber hechicerías. Hay de esto en el mundo mucho más que lo que algunos podrán imaginar. Poco há murió en esta ciudad de Oviedo una innumera, derrengada, misérrima y embustera vieja, que se interesaba en persuadir á gente rústica y tonta, que sabía hechizos para muchas cosas, por sacar seis ú ocho cuartos de cada uno que la vitiese á comprar drogas, y no faltaban compradores. A éste daba una haba ó grano de alguna planta para que siempre que la tuviese consigo ganase al juego, á aquél una piedrezuela para hacerse amar de las mujeres, á otro enseñaba unas palabras para salir libre de cualesquiera peligros, etc. El efecto era quedar burlados, sin lograr nadie su intento. Dijo bien la vieja, llegando el caso de prenderla por el rumor de que era hechicera, cuando estaba ya postrada, sin poder moverse, en una sucia y pobrísima cama: «Si yo fuera hechicera, ni estuviera como estoy, ni estuviera aquí.» Murió dentro de pocos días, con que no hubo lugar para darle el castigo que merecía por sus embustes; que de hechicera tenía tanto como de linda.

Es, pues, de grandísima importancia, y aun necesidad, mudar enteramente el concepto de el vulgo en esta parte, y persuadirle (lo que es verdad) que las hechicerías son sumamente raras; que un hechicero realmente tal es una *rara avis in terra*; que los pocos ó rarísimos que hay, tienen un poder limitadísimo, no permitiendo Dios al demonio que los auxilie sino para una ú otra cosa de leve importancia; que antes que Cristo viniese al mundo era mayor la facultad del demonio, y así había entonces más hechiceros, y aun acaso hay hoy más en aquellas tierras bárbaras, donde no es venerado el nombre de Cristo, mas no donde la cruz y el Crucifijo tienen los demonios á raya; que en muchos libros se encuentran infinitas patrañas en materia de magia, por la facilidad de los autores en creer á gente embustera; que muchos de los que han sido castigados por hechiceros, sin serlo en realidad, fueron justamente castigados; unos, porque hicieron obras ó dijeron palabras ordenadas á imptorar el favor de el demonio, aunque éste no haya correspondido á sus ruegos; otros, porque, fingiéndose tales, hicieron caer en el detestable crimen de pacto con el demonio á algunos á quienes persuadieron podrían lograr por medio de él lo que deseaban; que en algunas regiones ó territorios hubo nimia facilidad en creer acusaciones de hechicería, sobre que se puede ver lo que hemos escrito sobre *Trasmigraciones mágicas* (\*), y en las *Paradojas políticas y morales*, página 275. Persuadido el vulgo á estas verdades, se evitarán muchos atrocísimos pecados, pues los más resueltos á sacrificar el alma á sus pasiones, se abstendrán de solicitar pacto

(\*) Omitido en esta edición. (V. F.)

con el demonio, estando desesperanzados de lograr por este medio sus designios.

Siendo inútiles por lo común, ó casi siempre, los filtros supersticiosos para conciliar el amor, los naturales nunca dejan de serlo. Es lo mismo que decir, que no hay tales filtros. Lo que aseguran los autores dignos de fe, que han tocado este asunto, es, que el único efecto que se ha observado en las pociones, ó drogas destinadas á conciliar el amor, es quitar el juicio ó la vida, ó juntamente uno y otro, á las personas á quienes se aplicaron. Y no se entienda, que aquí quitar el juicio signifique inducir una pasión amorosa tan vehemente, que perturbe la razón; sino causar una locura rigurosamente tal, furiosa por la mayor parte, y totalmente inconexa con los síntomas de el amor. Léanse á este propósito varias historias. Cornelio Nepos, citado por Plutarco, dice, que aquel famoso general Lucilono, célebre por las muchas victorias que obtuvo sobre Mitridates, le quitó el juicio, y luego la vida, una pocion que le dió el liberto Calistenes, á fin de ser amado de él. Eusebio refiere, que al poeta Lucrecio sucedió la misma desventura, porque Lucila, su mujer, creyéndole tibio y aun sospechándole infiel, con un filtro quiso asegurar su buena correspondencia, el cual le enfureció de modo, que se quitó la vida. Aristóteles cuenta de otro, á quien habiendo dado una mujer una pocion amorosa, al instante cayó muerto. De Federico, duque de Austria, electo rey de romanos; escribe Cuspiniano, que le quitó la vida otra mujer, usando de el mismo medio, no para que la amase á ella, sino á su marido. De tiempos más cercanos á nosotros se escriben tambien semejantes tragedias. El autor de el libro *Cayrices d'imagination* refiere la de un cordonero de Wittemberg, que enloqueció y murió loco por el mismo principio. Lo que cuenta Bayle de Pedro Lotiquio, poeta alemán, y de no vulgar erudición entre los protestantes, tiene algo de singular. Hallándose éste en Boloña, la huésped, en cuya casa se aposentaba, estaba enamorada de un eclesiástico, que vivía en la misma posada, pero que no la correspondía; y para inducirle á amarla, le preparó en la sopa, que había de tomar á medio día, no sé qué droga amorosa. Eran compañeros de mesa Lotiquio y el eclesiástico; sucedió, que para el gusto de éste estaba la sopa demasiado crasa, por lo que Lotiquio, que no era tan delicado, se aprovechó de ella, pero con gravísimo daño suyo; porque aunque, revuelto luego el estómago, arrojó por vómito parte de el filtro, quedó lo bastante para ocasionarle una fiebre peligrosísima, en que se le cayeron todas las uñas, y aunque convaleció, quedó siempre algo dañado.

Supongo, que no todos aquellos ingredientes, en quienes se ha imaginado virtud para conciliar el amor, producen estos malos efectos; si solo éste ó aquel determinadamente, en quienes hay cualidad venenosa, porque de algunos otros que se leen en los autores, consta que no la tienen. Pero lo que de unos y otros generalmente se debe asegurar es, que ninguno tiene virtud atractiva de el corazón. Porque demos que haya tal medicamento, que inmute la temperie de un hombre de modo, que resulte de la inmutación una índole muy amorosa, ó una furiosa inclinación á la lascivia. Esta inclinación será general, y no respectiva y determinada al sugeto que le dió la droga, porque para esta determinación no se puede concebir influjo en ella.

En varios autores, antiguos especialmente, se leen diversos ingredientes, á quienes se ha atribuido esta quimérica virtud. El más decantado de todos es el *hippomanes*. Pero este nombre se halla aplicado á tres cosas diferentes. En unos autores significa una cosa, en otros otra; pero á todas tres se atribuye la virtud de conciliar el amor. Por justos motivos omito hablar de los primeros y principales significados. Recato á los lectores discretos un rasgo de erudición curiosa, por evitar á los que no lo son algun tropiezo. El tercer significado es una yerba. Con esta significación se halla la voz *hippomanes* en algunos autores. Pero ¿qué yerba es ésta? ó ¿qué nombre tiene entre los modernos la que llaman *hippomanes* los antiguos? Aun no está decidido. Tres opiniones he hallado sobre el asunto, cuya disquisición nada nos importa. Lo que conviene saber es, que no hay yerba alguna en el mundo, capaz de producir un grano de amor.

Sin embargo, muchos de el vulgo están persuadidos á que hay una yerba eficaz para esto. Y lo peor es, que haya autores que patrocinen este error de el vulgo. Con bastante disgusto mio he visto comprehendidos en este número dos bien conocidos en la república literaria. El primero es el ilustrísimo señor don fray Antonio Guevara. El segundo, Juan Bautista Helmoncio.

El señor Guevara, en la *Vida de el emperador Marco Aurelio*,

que dió á luz como escrita por el mismo príncipe, dice, que éste conoció en la yerba llamada *flavia*, la cual nace en la isla *Lethir*, sobre el monte Arcadio, la peregrina virtud de que cualquiera que tocase con ella á otra persona, se hacía amar de ella con una pasión vehemente, que jamás se extinguía; y que el mismo emperador hizo la experiencia en uno á quien tocó con el jugo de dicha yerba, y produjo en él un amor grande, que sólo se terminó en su muerte.

Para demostrar á los lectores la ninguna fe que merece esta narración, es menester ponerles delante la desestimación grande que hacen los críticos de los escritos históricos de este prelado, aunque sugeto, por otra parte, dotado de ilustres prendas. Don Nicolás Antonio dice, que el señor Guevara dió á luz sus propias ficciones, como que eran noticias halladas en escritores antiguos; atribuyó á otros autores narraciones que forjó él mismo, y trató las historias de todos los tiempos, como si fueran las fábulas de Esopo ó las portentosas invenciones de Luciano: *Illud commiseratione potius quam excusatione indiget, talis famae virum putasse licere sibi adinventiones proprii ingenii pro antiquorum proponere, et commendare, factus suos alius supponere, ac denique de universa omnium temporum historia, tanquam de Esopi fabulis, portentosisve Luciani narrationibus ludere*. Y luego añade, que el mismo juicio hizo de los escritos de el señor Guevara el ilustrísimo Cano.

El grande Antonio Augustino, en el libro x de sus *Diálogos*, sienta, que Guevara fingió historias romanas, y contó cosas, que los mortales no habían visto ni oído; estampó sueños que en ningún autor se hallan, y inventó nombres de escritores á quienes atribuirlos.

El jesuita Andrés Scoto, en la *Biblioteca hispana*, refiere, que Pedro Rua, doctísimo español, natural de Soria, en tres largas y eruditísimas cartas, que escribió al señor Guevara, confutó muchas ficciones suyas: *Antonii Guevarae (qui tunc solus doctrinae, et eloquentiae arcem tenere videbatur) errores, mendaciaque in historiis antiquorum, veteribusque monumentis lapidum, et numerorum explicandis egregie refellit*. Añade el padre Scoto, que se admira de que las cartas de el señor Guevara hayan sido tan aplaudidas, cuando están ya en la opinión de contener (es hipóbole) tantas mentiras como cláusulas, *quae tot mendaciis, quot versibus sceleris dicuntur*. Y concluye insinuando, que aunque Rua notó muchos errores, son en mucho mayor número los que dejó de notar: *Rua itaque de tot millibus multa indicavit, facemque praetulit, ne quis posthaec credulus in errorem induceretur*.

Por lo que mira á su *Vida de Marco Aurelio*, que es la obra que nos condujo á esta crítica, el famoso crítico Gerardo Juan Vosio, á quien citándole, insinúan dar asenso don Nicolás Antonio y Pedro Bayle, sienta que aquella obra toda es supuesta por dicho prelado, sin tener cosa alguna de el autor á quien la atribuye: *Vita illa Marci Aurelii Antonini, quae ab Antonio Guevara, Mindoniensi Episcopo Hispanice, edita est, eaque è lingua in alias per multas translata fuit, nihil Antonini habet, sed tota est supposititia, ac genuinus Guevarae ipsius fetus, qui turpiter os oblevit lectori, plane contra officium hominis candidi, maxime episcopi*.

No sin dolor he manifestado el concepto, que reina entre los eruditos, de la poca veracidad histórica de el ilustrísimo Guevara, varón, por otra parte, muy digno de la comun veneración. Pero, fuera de que la obligación de desengañar al público debe prevalecer á cualquiera particular respeto, pertenece con propiedad al asunto de mi obra impugnar la estimación que se da á las noticias históricas de el ilustrísimo Guevara, por ser dicha estimación, ó el concepto en que se funda la estimación, un error común y popular. Añádese, que la materia que aquí estamos tratando ofrece un motivo especial y de mucho peso para desautorizar con los lectores la cualidad de historiador de el señor Guevara. Fácil es conocer cuánto importa desterrar de el vulgo la persuasión de que hay yerbas que tengan virtud de conciliar el amor, para evitar á muchos el riesgo de inquirirlas, perdiendo en esta investigación el tiempo, el honor, y aun el alma. Para lograr este fin, es preciso mostrar, que no es fidedigna la *Historia de Marco Aurelio*, dada á luz por el ilustrísimo Guevara; porque si lo fuese, como en ella se introduce el uso de la dicha yerba *flavia* para ganar los corazones, y por otra parte la reconocida gravedad y entereza de Marco Aurelio es un fador de su veracidad, habría un gran fundamento para creer la existencia y virtud de dicha yerba. No obstante, si alguno quisiere defender, que todo lo que escribió de historia tan ilustre prelado se debe presumir

lo copió de otros autores, no lo impugnare, como se me conceda, que lo copió de autores fabulosos. Entre tanto quisiera saber en qué parte de el mundo están la isla Letbir y el monte Arcadio, donde nace la yerba flavia; porque ni el nombre de esa isla ni de ese monte pude hallar en los diccionarios que tengo.

El segundo autor que nos asegura haber ó yerba ó yerbas conciliativas de el amor, es Juan Bautista Helmoncio. Dice este autor (a), que hay una yerba, nada rara, ántes que á cada paso se encuentra, la cual si alguno toma en la mano, y la tiene en ella hasta que tome algo de calor, y despues con la mano así caliente cogiendo la de otra persona, la detiene hasta calentarla un poco, al momento la inflama en su amor. Añade Helmoncio, que aun en un perro comprobó esta verdad; pues habiendo, con el requisito expresado, cogido un pié del bruto, éste le siguió, dejando la ama que tenia, aunque no le habia visto jamas, y muchas noches estuvo aullando delante de su aposento.

Para conocer cuán indigno de fe es Helmoncio, véase lo que hemos escrito de él en el discurso sobre los *Secretos de la naturaleza*. Y sobre aquello áun tenemos no poco que añadir. Fué Helmoncio apasionadísimo inclinado á referir virtudes prodigiosas, ya de la naturaleza, ya de el arte, que no hay, ni en la arte ni en la naturaleza. Buena prueba es de lo primero, lo que afirma, como indubitablemente comprobado con muchos sucesos, de la increíble virtud de la piedra turquesa (supongo que eso significa la voz *turcois*, de que usa), que el que la trae consigo, aunque caiga de una grande altura, no padece la menor lesion, porque el efecto de el golpe se transfere enteramente á la piedra. Despues de referir tres casos, nombrando los sujetos á quienes sucedió, trayendo la piedra en un anillo, y siendo precipitados de sitio eminente, hacerse pedazos la piedra, sin padecer ellos algun daño, añade, que podría referir otros diez casos semejantes: *Possem adhuc decem casus similes referre; sed dicta sufficiant, quoniam exinde constat gemme virtutem magnam esse præservandi à læsione, et transferendi ictum in se* (b). Que hable de la piedra que llamamos turquesa, que de otra cualquiera, ¿quién no ve que es quimérica la virtud que le atribuye?

Lo segundo se califica sobradamente con los milagros médicos, que publicó de su *alkaest* y de la piedra de Butler. *Alkaest*, voz química, significa ménstruo, ó disolvente universal; esto es, que tiene virtud para desatar todas las substancias corpóreas, reduciéndolas á sus primeros principios, ó materia primigenia, de que se forman. En algunos autores, *alkaest* es voz genérica, comun al disolvente universal, y á los que sólo lo son respecto de este ó aquel mixto; mas ésta es mera cuestion de nombre. El primero que se jactó de poseer el gran secreto de el *alkaest*, ó disolvente universal, fué Paracelso, y el segundo, su sectario Helmoncio, calificándole de remedio universalísimo y eficazísimo para todo género de enfermedades, en lo cual sin duda mintió; pues sobre la dificultad y áun imposibilidad que se representa en que haya algun remedio universal, consta, como ya notamos en el lugar citado arriba, que Helmoncio no pudo curar varias enfermedades que eran absolutamente curables; por consiguiente, su *alkaest* no tenia la virtud que él predicaba, ó él no tenia tal *alkaest*.

De la piedra medicinal de Butler no quedó más noticia, que la que dió el mismo Helmoncio. Era Butler un quimista irlandés, á quien trató y con quien trató amistad Helmoncio en Flándes. Este, segun la relacion de Helmoncio, curaba todas las enfermedades con una piedra, no natural, sino facélica, de tan rara eficacia, que una gota de el aceite, en que se infundiese por breve tiempo la piedra, aplicada, ya á la punta de la lengua, ya á otra alguna parte del cuerpo, prontamente sanaba aun enfermedades envejecidas, radicadas en lo íntimo de la complexion, y rebeldes á todos los demas remedios. Esta noticia, sobre tener contra sí los argumentos, que prueban la imposibilidad de remedio universal, padece nuevas dificultades en la minutísima dosis de el remedio, su leve aplicacion y su prontísimo efecto. Añádese (y ésta es una consideracion de gran peso para refutar la narracion fabulosa), que ningun escritor, exceptuando Helmoncio y los que citan á Helmoncio, hace memoria, ni de aquel admirable quimista, ni de su admirable piedra. Yo, por lo ménos, aunque he leído en muchos la noticia de Butler, y de las prodigiosas curaciones que obraba con su piedra, ninguno he visto que hable sino fundado en la testificacion de Helmoncio. ¿Cómo es posible, que en un tiempo en que la Europa estaba llena de escritores médi-

cos, muchos no conociesen por sí mismos y tratasen á un quimista, que andaba vagueando fuera de su tierra y haciendo curas admirables? Ni ¿cómo es posible, que conociéndole muchos, ninguno, á la reserva de Helmoncio, quisiese estampar tan portentosa raridad?

Así, no se puede dudar de que Helmoncio, aunque tuvo un genio particularísimo para la medicina, y ya por su mayor habilidad, ya por su mayor osadía, hizo varias curaciones, que juzgaban imposibles otros médicos; bien que juntamente es harto verisímil, que muriesen algunos á sus manos, que vivieran si no hubieran caído en ellas; no se puede dudar, digo, que tuvo mucho de charlatan; por lo que dijo de él Sebastian Scheffer (c), *multum certè fallitur, qui ejus credit jactabundis vocibus*. Y el célebre Boerhaave (d) prueba largamente lo mismo; añadiendo, que en sus escritos, los cuales repasó con gran cuidado, halló innumerables contradicciones. Por lo que se debe considerar este autor totalmente indigno de fe en lo que refiere de la yerba amatoria, como en otras muchas cosas.

Tales, como hemos visto, son los autores, que por experiencia nos aseguran la eficacia de alguna yerba para conciliar el amor.

Aun de mucho mayor desprecio son merecedores aquellos secretistas ridículos, que recomiendan esta virtud en algunas piedras, anillos y otras cosas. Un librito con el título *De mirabilibus*, que ha corrido debajo del nombre de Alberto Magno, obra sin duda de algun insigne embustero, que quiso darla curso al favor de tan esclarecido nombre, hizo creer á gente simple esta y otras monstruosas patrañas, que despues, citando á Alberto, copiaron Wequero, Mizaldo y otros autores de secretos. Allí se halla, que la piedra de la agulla tiene la preciosa virtud de que hablamos; lo mismo el corazon de la golondrina, lo mismo el de la paloma. Dicho libro está condenado por el Santo Tribunal, y declarado tambien, que no tiene por autor á Alberto Magno; lo que es evidentísimo, pues no se ha escrito jamas igual coleccion de fábulas ridículas con título de *Secretos admirables*.

La de los anillos contruidos debajo de tal ó tal aspecto, de estos ó aquellos astros, con cuyas notas ó figuras se sellan, y eficaces, por la virtud comunicada de ellos, para atraer las voluntades, curar dolencias, etc., ha logrado alguna aprobacion entre no pocos, dominados de una especie de fanatismo astrológico, que imaginan influencias misteriosas y una armonía como mágica entre los cuerpos celestes y sublunares. A esto aluden dos dísticos de Hugo Grotio, contenidos entre otros muchos, que hizo en elogio de el anillo:

*Annule, qui pestem, fædumque arcere venenum  
Pectore, qui philtro crederis esse loco:  
Annule, qui magicæ non servis inutilis arti,  
Cum tua sydereis est rota picta notis.*

No fué hombre Hugo Grotio, cuyo carácter dé lugar á la sospecha de que creyó lo que estampó en estos versos, de que los anillos sellados con notas astrológicas tengan virtud para curar enfermedades, y eficacia de filtros amatorios. En vez de ser de tan fáciles creederas aquel famoso holandés, incidió en errores perniciosísimos por nimiamte incrédulo. Pero habló segun la opinion de muchos, que erradamente lo entendieron así; y escribiendo en alabanza de los anillos como poeta, no se le debe culpar que introdujese algunas fábulas en el elogio.

Gayot de Pitaval, en el tomo xiii de las *Causas célebres*, refiere una historieta graciosa, concerniente á la virtud de los anillos, para el efecto de que tratamos, la cual dice leyó en un autor contemporáneo de Carlo Magno, persona principal en el asunto de dicha historieta. Fué el caso, que habiendo fallecido una concubina de Carlo Magno, á quien aquel principe amaba con extremo, perseveró en él la misma pasion en órden al cadáver; de modo, que no podia apartarse de él. Pasáronse algunos dias, en cuyo espacio el cadáver llegó á aquel grado de corrupcion, en que ya era intolerable su hedor; pero insensible á él Carlo Magno, y sólo sensible á la llama amorosa que ardia en su corazon, no podia apartar el cuerpo ni los ojos de aquel objeto, cuya presencia era el único alivio que podia lograr en su dolor. Un obispo, notando un anillo que tenia la difunta en un dedo, y sospechando que acaso de el anillo procedia la pasion del Emperador, por haberse construido con las observaciones astrológicas necesarias para el efecto, se le quitó y le trasladó á un dedo suyo. Al

punto que lo hizo, sintió el Emperador la infeccion de el cadáver, y lo hizo enterrar; pero todo el afecto que ántes tenia á la difunta concubina, mudando de objeto, se transfirió á aquel prelado; de modo, que ya no podia sufrir que se apartase de sus ojos. Asegurado entónces el obispo de la virtud mágica de el anillo, le arrojó al Rin. Mas ¿qué sucedió? La virtud magnética de el anillo á cualquiera parte donde iba, llevaba consigo arrastrado el corazon de Carlo Magno. Olvidado ya enteramente de la concubina y de el obispo, sólo al rio, donde se habia sumergido el anillo, miraba con amor, y todo su deleite era pasearse á las márgenes de el Rin, enfrente de el sitio donde se habia arrojado el anillo.

Gaspar de los Reyes, citando al Petrarca, refiere el mismo suceso, con alguna variedad en una ú otra circunstancia. El anillo, segun este autor, no estaba en la mano, sino debajo de la lengua de la concubina. El prelado que descubrió, que él era la causa de la extraordinaria pasion de el Emperador, fué el arzobispo de Colonia, de quien dice que lo supo por revelacion. De la experiencia de la virtud de el anillo, ni en el prelado, ni en el rio, nada dice Reyes; de que infiero, que nada de esto halló en el Petrarca.

Si esta historia fuese capaz de que se le diese alguna fe, ya se ve que debiéramos preferir la relacion de Pitaval á la de Reyes; porque aquel dice haberla leído en autor contemporáneo á Carlo Magno, y éste en autor posterior á Carlo Magno algunos siglos. Pero una fábula; ¿qué importará que se cuente de este ó aquel modo? Es de discurrir, que esta variacion dependió de que el Petrarca, habiendo leído aquella narracion en algun autor antiguo, ó el mismo, ó distinto de aquel donde la leyó Pitaval; y considerando, que la circunstancia de transferirse el amor de la concubina al prelado, y de el prelado al rio, le daba un carácter sensibílísimo de patraña, dejó fuera dicha circunstancia para hacer la historia creíble; á lo que conducia tambien añadir, que el arzobispo habia conocido la causa de aquel extraordinario afecto por revelacion, lo que de otro modo era difícil.

Mas dirá alguno: ¿por qué no se ha de creer á un autor contemporáneo al suceso? Respondo, lo primero, porque el suceso es inverisímil. Respondo, lo segundo, porque no tenemos certeza de que el autor fuese contemporáneo, aunque suene serlo. ¿Cuántas historias se han supuesto á autores antiguos, que no tuvieron alguna parte en ellas! Respondo, lo tercero, que la circunstancia de contemporáneo no debe hacer mucha fuerza para dar asenso á aquellos autores, que escribieron ántes que hubiese imprenta, como ni tampoco á aquellos, que despues que la hay, no escriben para imprimir. La razon es, porque los manuscritos de unos y otros suelen estar reservadamente depositados en la mano de sus autores mientras éstos viven, y áun mucho tiempo despues de su muerte, en las de amigos ó herederos; con que, por dos capítulos se puede desconfiar de ellos. El primero, porque un autor que escribe lo que juzga se ha de leer mucho tiempo despues de su muerte, tiene alguna probabilidad de que no se le puede probar lo contrario de lo que escribe; fuera de que, no sentirá mucho que le tengan por mentiroso cuando ya no existe en la tierra. El segundo, porque aquellos en cuyas manos quedan los escritos, pueden adicionar, quitar ó alterar en ellos cuanto quisieren.

Por estos motivos, yo no hago aprecio de aquellos manuscritos históricos, en que se refieren acciones ocultas, ó causas ocultas de acciones manifiestas de algunos principes ó personajes señalados en el mundo, que florecieron algun tiempo há, siempre, ó por la mayor parte en deshonor suyo; verbi-gracia, las relaciones manuscritas de el modo y causas de la muerte de el principe Carlos, hijo de Felipe II; de los motivos de la desgracia de Antonio Perez; de el pastelero de Madrigal, etc., por más que infinitos hagan especial estimacion de tales manuscritos, con preferencia á las mejores historias impresas. Cuanto mayor representacion hacen los hombres en el mundo, ya sea por su fortuna, ya por su mérito, tanto mayor número de enemigos tienen; y entre esta multitud de enemigos, es fácil se hallen algunos, que quieran saciar su odio, su venganza ó su envidia, infamándolos con la posteridad. Hay tambien quienes, sin motivo especial de malevolencia, sólo por dar satisfaccion á su maligna índole, echan borrones sobre la fama de hombres ilustres.

Ni logran conmigo más aceptacion las *anécdotas* (ó historias inéditas de cosas ocultas), que están impresas con nombre de autor. ¿Qué flador tiene de su veracidad el que las escribe? Tales escritos siempre, ó casi siempre, son satíricos. ¿Por qué he de creer verídico á quien me da motivo para juzgarle mal intencionado? Procopio, principe de los anecdotistas, porque fué el primero que escribió historia de este carácter, en ella hace un in-

fiermo de la aula de el emperador Justiniano, pintándolos á él y á su mujer Teodora como dos monstruos compuestos de todos los más horribles vicios, habiendo, en las demas obras, que entónces permitió á la luz pública, representádolos dos modelos de virtud. O mintió en uno, ó en otro. ¿Qué asenso debe darse en nada á un autor, que no puede evitar la nota de mendaz? Acaso mintió en uno y otro extremo: en uno por adulador, en otro por maligno; siendo lo más verisímil y más conforme á otras historias, que aquellos dos principes, ni fueron tan malos, ni tan buenos. Quizá podrá salvarse el honor de Procopio con la evasion de que la historia *anécdota*, que anda con su nombre, no es suya. No es esta sospecha tan ajena de fundamento, que no haya tenido cabimiento en algunos hombres muy doctos, segun afirma Guillermo Cave (e): *Tanta in ea ubique scalet fortiter conviciandi libido, tanta mendaciorum inverecundia, à solita Procopii gravitate alienissima, ut supposititium esse opus, et Procopio falso inscriptam viri doctissimi opinati sint*. Esta contingencia, la cual es casi transcendente en esta especie de escritos, bastaria, como ya insinuamos arriba, para desconfiar de ellos, áun cuando no mereciesen la desconfianza por otros capítulos. ¿Cuán fácil es, que un hombre de buena habilidad y mala intencion componga una historia satírica, y la dé á luz debajo de el nombre de algun autor conocido, contemporáneo á los sujetos infamados en ella! Muchos de los escritos, que con título de *Memorias* corren en las naciones, especialmente en la Francia, están reputados entre los sujetos de algun discernimiento, por partos supuestos á los autores, bajo cuyos nombres se publicaron.

El aprecio que se hace de tales escritos no nace tanto de depravacion de el gusto, como de corrupcion de la voluntad; ó acaso dirémos mejor, que de la corrupcion de la voluntad nace la depravacion de el gusto. ¿Qué humanidad, qué rectitud, qué amor á su propia especie, á sus hermanos mismos, hay en el corazon de un hombre, que se complace en ver publicar las acciones torpes de otros hombres? ¿No podrémos decir con algo de razon, que no es sangre humana, sino de víboras y alacranes, la que circula por sus venas? Así, para todo hombre de razon, cualquiera que con sollicitud busca escritos satíricos, que los lee con deleite, que los publica, que los copia, que los aplaude, tiene hechas las pruebas de ánimo maligno, intencion torcida y conciencia estragada.

Los libelos, ó escritos difamatorios de principes, ú otras personas por cualquiera título ilustres, logran más general aceptacion, porque induce á ella un principio vicioso muy comun. El amor proprio, la estimacion que hace cada hombre de sí mismo, le inclina á mirar con una especie de displicencia ó enfado todos aquellos que son más que él, en el aprecio de el mundo, por representárselos, que la magnitud de la estatura ajena disminuye á los ojos de los demas hombres la suya. De aquí viene la complacencia de ver publicar sus faltas, porque le parece que cuanto se les quita de honor, se les rebaja de tamaño.

Como la aceptacion de historias *anécdotas* y satíricas es tambien un error comun y comunísimo, fué justo aprovecharme de la oportunidad que me dió la historieta de Carlo Magno para corregirle. Y volviendo á ella, añadido, que podíamos permitir su verdad, sin perjuicio de lo que establecemos en órden á la falsedad de los anillos amatorios, suponiendo que la influencia de el de la concubina de aquel emperador fuese, no natural, sino diabólica. Tenemos por quimérica aquella; juzgamos posible ésta. Quantos astros hay en las esferas celestes, barajados segun todas las combinaciones imaginables, es delirio pensar, que puedan imprimir en un anillo, ni en otra cosa, eficacia alguna para producir una mínima dosis de amor en el corazon humano. Tampoco el demonio, si se mira bien, se la puede dar; pero puede, mediante el pacto, ser el anillo condicion para que el demonio induzca en los órganos corpóreos tal disposicion, que sirva á inflamarse en un veheméntísimo amor el sujeto.

Este caso, digo, es posible, pero juntamente rarísimo, como dejamos bien advertido arriba. Así, nadie se deje engañar de el comun enemigo en materia de tanta importancia. Hombres depravados, cuyo único anhelo es solicitar á todo riesgo la satisfaccion de vuestras pasiones, sabed, que Dios muy rara vez permite que el demonio, por medio de el pacto, coopere al cumplimiento de vuestros detestables antojos. Aun el demonio mismo quiere vuestra ruina, mas no vuestro deleite. Así, cuando le soliciteis á

(e) Apud Popebloum in Procopio.

(a) Apud Johannem Zahn, tomo II, *Mundi mirab.*  
(b) Apud eundem Johannem Zahn, ubi suprà.

(c) Apud Popebloum in Helmoncio.  
(d) In *Prolegm. ad Institutiones chemiæ*.

favor de vuestro apetito, os quedaréis burlados, con la carga de tan horrible pecado, y sin el logro de el fin pretendido.

Por conclusion, no me parece inútil proponer á este propósito el dictámen de Gayot de Pitaval, sugeto, cuyo voto, por su ciencia, discrecion, juicio y conocimiento práctico de el mundo, que le adquirió el ejercicio de abogado de el parlamento de Paris, y la residencia en el gran teatro de aquella ciudad, parece es acreedor á algun particular aprecio. Este autor, habiendo, en el tomo xiii de las *Causas célebres*, tratado de la Magdalena de la Palude, acusada de haber practicado hechizos amatorios, y castigada por ello á la mitad de el siglo pasado; con ocasion de este proceso, en seis conclusiones, manifiesta su sentir en general sobre esta materia, el cual referiré con sus mismas voces; advirtiendo primero, que los tres sugetos que nombra en la sexta conclusion, uno de ellos la expresada Magdalena de la Palude, todos fueron acusados y sentenciados por usar de hechizos amatorios, y trata sus causas á la larga en algunos de sus libros.

Primeramente dice: «Estoy persuadido á que los hechizos son posibles; pero juntamente creo que son muy raros, y que lo más seguro es disentir á la mayor parte de las historias, que tratan de ellos.

«Lo segundo, siento que hay efectos preternaturales, que tienen tal carácter, que por él se conoce que no pueden ser atribuidos á Dios ni á los buenos ángeles.

«Lo tercero, creo que los ángeles malos, á quienes estos efectos, extremadamente raros, pueden atribuirse, tienen un poder muy limitado, que no pueden hacer todo lo que quieren y cuando quieren. Tal es la victoria que Cristo consiguió sobre las potestades infernales. El las tiene encadenadas, y no las deja apoderar de nosotros, sin embargo de nuestros desreglamentos, sino en algun caso particular. Son impenetrables los designios de Dios; pero, vuelvo á decirlo, estos casos son excesivamente raros.

«Lo cuarto, los efectos admirables, en quienes vemos señales que nos mueven á juzgar que el demonio los causa, pueden tener su origen en el mecanismo de la naturaleza, no obstante que algunos físicos no puedan comprender cómo es esto. «Sin embargo, hay algunos efectos que evidentemente exceden la facultad de todas las causas naturales, como suspenderse algun tiempo considerable en el aire; saber lo que á determinado punto sucede

en regiones distantes, etc.» Sustituimos esta excepte on á otra equivalente, mas no tan clara, que pone el autor.

«Lo quinto, viniendo á los ejemplos que he referido, digo, que no se puede dudar de la inocencia de Urbano Grandier, en orden al crimen de hechicería, de que fué acusado, no habiéndose alegado contra él más que las testificaciones de unas energúmenas fingidas. Ann cuando lo fuesen verdaderas, sería nula la prueba. Si el demonio, por su carácter de seductor y mentiroso, no sería testigo suficiente, los energúmenos, que le representan, tampoco pueden serlo.

«Por lo que mira á Luis Gaufridi (éste es un sacerdote condenado al fuego por el parlamento de Provenza, de cuyo proceso trata el autor en el sexto tomo), he observado, que monsieur du Vair, presidente de el parlamento, no le creía hechicero; pero fué justamente condenado, por haber seducido á Magdalena de la Palude y otras mujeres, abusando para este efecto de la confesion sacramental, y por su voluntad desreglada y corazon corrompido, que le habla hecho hechicero de imaginacion, tan criminal como si realmente lo fuese, pues inducia á otros para hacer operaciones mágicas y dar culto al demonio.

«En cuanto á Magdalena de la Palude, no veo en el proceso que se le hizo, pruebas evidentes de que fuese mágica, pero tuvo esta reputacion; y los jueces, haciendo juicio de que tenia un corazon corrompidísimo, y que esta corrupcion era contagiosa y podia producir grandes males, en la obscuridad de las pruebas de magia, tomaron por el partido más seguro condenarla á cárcel perpetua.

«Lo sexto, en las historias raras de mágicas verdaderas es menester purgarlas de muchas fábulas sobreañadidas á la verdad. De este número son los congresos nocturnos, que se dice hacen las brujas todos los sábados.

«La opinion de que los hechiceros pierden todo su poder luego que les echa mano la justicia, no sé qué fundamento tiene. Su facultad, no siendo permanente, sino accidental, cesa muchas veces, que estén en poder de la justicia, que no. Estos son, en materia de hechicerías, mis sentimientos, los cuales se conforman con lo que enseña la religion católica, que profeso.» Hasta aqui el autor alegado.

## REMEDIOS DE EL AMOR.

### § I.

Habiendo explicado en el discurso pasado la enfermedad, conviene que en éste tratemos de el remedio. Dos errores opuestos, muy frecuentes uno y otro, hallo en esta materia. Los que adolecen gravemente de esta pasion, la juzgan absolutamente incurable con remedios naturales; los que no la padecen, tienen por fácil su curacion. Parece que los primeros deben ser creídos por experimentados, pues gimiendo debajo de tan penosa dolencia, no es creible, que no hayan tentado la cura. A nadie faltan consejeros que le prescriban remedios que se hallan escritos en varios libros de ética. Pero la experiencia muestra á cada paso, que á estos enfermos se puede aplicar tambien lo que Sidenham dijo de otros: *Ægri curantur in libris, et moriuntur in lectis.*

Los segundos, por el contrario, imaginan que el amor se quita cuando se quiere, como con la mano. Esto consiste en que á bulto se hacen la cuenta de que siendo la voluntad potencia libre, y el amor acto suyo, ama cuando quiere, y no ama cuando no quiere; proposiciones en

un sentido idénticas, y en otro falsísimas. Vengo en que la voluntad pueda suspender el acto de amar, y aún hacer actos contrarios á él; pero ¿sin dificultad, sin repugnancia, sin hacerse una especie de violencia á sí misma? Eso parece que significa el poner tan pendiente de su arbitrio dejar de amar, y eso niego que se pueda. Fuera de que, la cuestion no procede tanto de el amor actual, cuanto de aquella disposicion ó inclinacion á amar, originada de la dulce y atractiva impresion que hace en el corazon el objeto. Esta inclinacion es la que juzgan absolutamente insuperable los amantes. Tan arraigada miran su pasion en el pecho, que en su dictámen es imposible, sin arrancar el pecho, arrancar la pasion: *Da amantem, et sentiet quod dico.*

No pocos de los que son insensibles al amor ó muy tibios en querer, miran el exceso de el cariño como hijo de la cortedad de entendimiento. Así desprecian á los que ven muy apasionados, burlándose de ellos como de unos hombres mentecatos ó medio estúpidos. Pero quisiera yo saber si tienen por mentecato ó medio estúpido á la águila de los ingenios, al grande Agustino; pues es

ciertísimo que este hombre prodigioso fué de un corazon extremadamente afectuoso y de una ternura incomparable. Vense en el libro iv de sus *Confesiones* las angustias y lamentos que le costó la muerte de un amigo. Apenas en alguno de los más ponderativos poetas se leen expresiones más vivas de dolor en la pérdida de el objeto amado. Dice, entre otras cosas, que aborrecia su propia vida, porque le faltaba la mitad de el alma, y que, con todo, temia la muerte, sólo porque en él no acabase de morir el amigo. ¡Qué corazon tan tierno aquel á quien hacia derramar lágrimas, como él mismo testifica en el libro i de las *Confesiones*, la tragedia de la enamorada Dido, leida en el iv de la *Eneida*!

Quisiera saber si tienen por mentecato ó medio estúpido á un san Bernardo. Léase su sermón xxvi *Sobre los Cantares*, donde lamentando la muerte de su amadísimo hermano Gerardo, prorrumpe en las más dolorosas cláusulas, en los más tiernos gemidos, que en la mayor tragedia puede alentar un corazon desolado. «¡Obra (dice, entre otras muchas cosas, quejándose de verse separado de él), obra verdaderamente de la muerte, divorcio horrendo! porque ¿quién se atrevería á desatar el dulce vínculo de nuestro mucho amor, sino la muerte, enemiga de toda suavidad? Verdaderamente muerte, la cual arrebatando á uno, nos mató á entrambos, furiosa. Por ventura, ¿no me cogió á mí tambien la muerte? Sí, ciertamente, y aún más á mí que á Gerardo, pues me acarreó una vida más infeliz que toda muerte. Vivo, sí, mas para morir viviendo, y ¿esto se puede llamar vida? ¿Cuánto más benigna fueras conmigo, oh austera muerte, si enteramente me privases de la vida.» Y más abajo: «Siendo los dos un mismo corazon y una alma misma, la mía y la suya penetró á un tiempo el cuchillo de la muerte, y dividiéndola en dos partes, colocó la una en el cielo, dejando la otra en el cieno. Yo, yo, pues, aquella porcion mísera que quedó postrada en el lodo, estoy truncado de la parte mejor de el alma, ¿y se me dice que no llore? Me han arrancado las entrañas, ¿y se me dice que no sienta?» etc. ¿No es éste el punto más alto adonde puede subir el amor?

Quisiera saber si tienen por mentecato ó medio estúpido á Ángelo Policiano, aquel á quien Erasmo llamó *Mente angélica y milagro raro de la naturaleza*. Este grande hombre, segun refiere Varillas en sus *Anécdotas de Florencia*, murió de una veheméntísima y juntamente torpísima pasion amorosa; tan embelesado en su objeto, que oprimido ya de una grave fiebre, que habia encendido en sus venas el amor, se levantó de el lecho, y tomando un laud, se puso á acompañar con él una tristísima cancion, que habia compuesto al motivo de su dolencia, con tan violentos afectos, que al acabar de cantar el segundo verso, espiró. ¿Qué diré de el Petrarca, reconocido por el padre Felipe Labbé, y aún por todos, por el *principio de su siglo en ingenio y elocuencia*, tan pasado de amor por la bella y sábia francesa Laura, que treinta años que vivió, despues que la vió y trató cerca de Aviñon (y los últimos diez ya era muerta), no hizo más que cantar y gemir por ella? Aunque no honra tanto á la memoria de esta rara mujer el amor de aquel famoso

ingenio, como el obsequio que á sus cenizas hizo el rey Francisco I, de visitar su sepulcro y componer un epitafio poético, que aún hoy se mira grabado en él. Sería infinito si hubiese de juntar todos los ejemplares que hay, en prueba de que una voluntad tiernísima no está reñida con un entendimiento agudísimo. No falta quien pretenda, que la blandura de corazon es prueba de ingenio; y aunque yo no admito ésta por regla general, es cierto, que hombre duro dificultosamente hará conmigo las pruebas de ingenioso. *Rudo* es anagramma de *duro*; *rudeza*, de *dureza*, y acaso no hay menos consecuencia de uno á otro en los significados, que identidad en las letras.

### § II.

Volviendo á nuestro propósito, digo, que tengo por igualmente falsas las dos opiniones propuestas. Juzgo absolutamente curable la pasion amorosa. Esto es contra la primera opinion. Contra la segunda afirmo, que su curacion es muy difícil. Para lo segundo no es menester más prueba que la experimental de tantos dolientes que suspiran por el remedio, y aún consultando muchos y sabios médicos, no le encuentran.

Por lo que mira á lo primero, desde luego convengo en que los remedios naturales que hasta ahora se han discurrido, respecto de las pasiones grandes son muy poco eficaces ó absolutamente insuficientes. Y si yo no tuviera alguna receta particular contra este mal, que desde luego prometo al lector, no me meteria en el asunto.

Nótese, que cuando digo, que los remedios que hasta ahora se han discurrido son insuficientes, limito la proposicion á los remedios naturales; porque si se habla de el auxilio de la divina gracia, implorado por medio de fervorosas oraciones y otras obras pias, no hay duda de que éste es remedio, no sólo idóneo, sino infalible. Así de éste se debe usar siempre, y apreciarse infinitamente más que todos los remedios naturales. Mas como yo no hago ahora el papel de teólogo, sino el de filósofo, y por otra parte, sería ocioso repetir aquí una doctrina, que tantos varones doctos y espirituales han escrito con alta discrecion, me ceñiré precisamente al exámen de los remedios naturales.

Supónese, que cuando se inquiere el remedio, se habla de el amor, que es enfermedad; esto es, de el amor delincuente, porque el amor santo ántes es salud: el indiferente ni aprovecha, ni incomoda. Pero advierto, que el amor puede ser delincuente, no sólo por impuro, más tambien por nimio. Así, san Agustín confesaba á Dios, como delito suyo, el gran amor que tenía á aquel amigo, de quien hablamos arriba. Sólo en el amor de Dios no cabe exceso vicioso: cuanto más intenso, tanto mejor. El de la criatura debe contenerse en una esfera muy limitada. Si se enciende mucho, es la llama de el amor humo de la virtud. Si arrastra, si se apodera de el corazon algun bien criado, le roba á la divinidad la víctima más debida. Viene á ser esto erigir un idolo sobre el altar, donde únicamente debe recibir cultos el Criador. Pero es verdad, que no mezclándose algo de torpeza, rarísima vez el amor de la criatura viene á ser tan desmedido, que llegue á pecado grave.